

PUBLICACIONES Cinema

Willi
FORST con Paul Horbiger
Heli FINKENZELLER

50
(CENTIMOS)



Vals Real

VALS REAL

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

HERBERT MAISCH



PELICULA



DISTRIBUIDA POR

ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

Provenza, 273

BARCELONA

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉPRETES:

WILLI FORST

HELI FINKENZELLER

CON PAUL HORBIGER

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

VALS REAL

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Acaeció el hecho en 1852. El emperador de Austria, Francisco José, está enamorado, contra la voluntad de su egregia madre, de la princesa Elisabeth de Baviera, sobrina del rey Luis II. Los intereses de la corona imperial, las conveniencias de Estado aconsejaban un matrimonio con una descendiente del trono inglés o de otra corona predominante en el cuadro político de Europa, pero el joven e impulsivo Emperador atendiendo a los dictados de su corazón, se había hecho el propósito de ser un digno jefe de su pueblo sin encadenar sus sentimientos íntimos a las conveniencias diplomáticas del Imperio. Así se lo ha manifestado en diversas ocasiones a su pariente y buen camarada conde Fredi Tettenbach, con el que se halla conversando en una de las terrazas del Palacio Imperial de Viena y al que se ha propuesto destacar a Munich con la misión especial de pedirle al rey Luis la mano de su linda sobrina, que, dicho sea de paso, no habrá de recibir mal la petición del apuesto Francisco José.

—Ya conoces mis inclinaciones, Fredi — le dice al conde. —Confío en tus buenos oficios para llevar a cabo con la mayor discreción y el mejor éxito esta delicada misión

El joven conde Tettenbach es un militar arrogante de atrayente figura y audaz temperamento por el que suspira más de una aristocrática dama en la corte vienesa. La misión que el emperador le confía no deja de satisfacerle, porque espera tener ocasión de divertirse en Munich y especialmente de hacer rabiar a su tío que es a la sazón embajador de Austria en aquella capital.

—No comprendo tus preferencias por mi modesta persona en la comisión de un asunto tan delicado. Podrías confiar esta misión al embajador en Munich.

—Tu tío tiene la idea de mi madre. Ya sabes que no miran con buenos ojos mi inclinación por Elisabeth. En ti confío, Fredi.

—Si tanto te empeñas, haré lo que me ordenas.

—Todo depende de tí.

La inoportuna llegada de un gentilhombre de cámara anunciendo al emperador, que la emperatriz madre desea hablarle, corta la conversación, y los dos amigos se despiden con un apretón de manos y un cruce de significativas miradas.

En Munich, la capital feliz y burguesa de la poética y dulce Baviera, tiene lugar una escena estrechamente ligada con el diálogo celebrado por el emperador y Fredi Tottenyectors del Emperador y la comisión que guía a Fredi en su el rey Luis II a la que asiste el señor Deominges, su fiel ministro de Negocios Extranjeros y cuyo tema son los proyectos del emperador y la comisión que guía a Fredi en su desplazamiento a Munich. El rey Luis II atiende al impertinente embajador austriaco, esforzándose por no exteriorizar el disgusto que en realidad le causan las preventivas de la corte de Viena ante un posible matrimonio del emperador con su sobrina. Sin embargo apura su paciencia hasta el límite oyendo cuanto con su voz cascada y ridículo acento le pide en nombre de la Emperatriz madre el conde de Tettenbach y de Falhberg.

—Nos disgusta que el Emperador fije su atención en la princesa Elisabeth de Baviera. En Viena están intranquilos.

—Sentiría molestar a la Emperatriz. Se hará todo lo posible para complacerla.

—Ya sabéis, señor, que un disgusto podría ser de graves consecuencias para la salud de la Emperatriz madre. Interesa que no recibáis a mi sobrino.

—Tranquilizáos. No lo recibiré.

Y levantándose de su asiento el rey Luis da por terminada la entrevista, mientras el embajador de Austria pretende insistir todavía para obtener mayores seguridades y comunicar exactamente una impresión favorable a la madre del Emperador.

—Quisiera añadir...

—¡Basta de observaciones... señor embajador!

Visiblemente enojado, el rey de Baviera vuelve la espalda al conde Tettenbach y mientras éste se retira, acudiendo a mirar distraídamente por una ventana.

—He aquí un verdadero conflicto, mi buen Deominges. Si no recibo al joven Tettenbach se enoja el Emperador y si le recibo se enfada la Emperatriz.

El ministro asiente a las palabras del rey pero le manifiesta su opinión de que debe recibir al enviado de Viena. Va en ello la felicidad de la princesa Elisabeth y la boda sería motivo de extraordinario júbilo para el pueblo bávaro.

—Debéis recibir al enviado y evitar que se disguste ante todo el Emperador.

—Mi deseo sería recibirle, pero ya habéis visto que se enojaría el gobierno austriaco. Por otra parte, con el fin de tranquilizar a Viena, ya he dicho que no recibiría al joven conde.

—Todo tiene arreglo.

—¿Cómo?

—Preparando una entrevista casual. Un baile, por ejemplo.

—Con motivo de algo. De unos ascensos.

—¡Uff! ¡Un baile en verano!

—Mejor unas jubilaciones — contesta con ironía el monarca.

—Quizás el nombramiento de un proveedor de la Real Casa.

La indicación del ministro quedó aprobada por el rey; sería nombrado proveedor de la Real Casa algún industrial acreditado de Munich y con motivo del nombramiento, tendría lugar un baile en palacio.

* * *

La «brasserie», café y chocolatería de Luis Tomasoni es uno de los establecimientos preferidos de la buena sociedad muniquesa y punto de cita de todas las personas de buen gusto en la capital de Baviera. Luis Tomasoni se ha hecho con una fama bien cimentada como repostero, sus cremas y sus natillas no faltan en la mesa del aristócrata ni en la del más acaudalado burgués y en su terraza donde

una nutrida orquesta interpreta los mejores valses y ejecuta brillantes conciertos se reúne la «crem» de la buena sociedad y lo más escogido de las artes, la política y las letras.

La noticia de su nombramiento de proveedor de la Real Casa ha desbordado el entusiasmo de los clientes jóvenes del café, quienes exteriorizan su júbilo con aclamaciones y otros excesos, causando con ello el enojo de una peña de vejetes que suele reunirse en una mesa de las dependencias interiores del establecimiento y que la constituyen picapleitos recalcitrantes y diputados de la oposición, entre los cuales lleva la voz cantante el señor Faud, diputado republicano.

El nombramiento del nuevo proveedor de la Real Casa dará pie a la celebración de un baile en palacio, al que debe asistir el joven conde Tettenbach y en el curso del cual se habrán de producir escenas interesantes para la solución del problema íntimo que desvela el corazón del Emperador Francisco José de Austria. Esto se ignora desde luego en la «brasserie» Tomasoni, donde el acreditado pastelero, en unión de su encantadora hija Teresita, verdadero ángel del establecimiento y hacia cuidadora de su crédito y su prestigio, son objeto de un estrepitoso homenaje. Formados en hilera los clientes del billar con sus tacos a modo de lanzas, presentan armas y pasa la encantadora Teresita ante el piquete de honor, mientras la orquesta ejecuta una alegre marcha.

El alma del estrepitoso aquelarre es el simpático Franz, dependiente repuestero que entró de aprendiz en la casa, que ya lleva muchos años trabajando en ella y que ha fijado su atención en Ana, la hija menor de su patrón, una chiquilla de diez y siete años, de una ingenuidad encantadora, pero que tiene la cabeza a pájaros.

Mientras Franz pronuncia un discurso subiéndose a una silla y se repiten los aplausos y las ocasiones, en la tertulia del diputado Faud se comenta el acontecimiento desdenosamente y el propio Faud acude a correr el cristal de la ventana, molesto por el alboroto que se ha producido en la terraza.

—Estos son los que presumen de valor cívico.

—Una sonrisa del rey les convierte en esclavos.

—Tomasoni está hecho un pavó — tercia otro de los tertulios de Faud.

La llegada de Tomasoni, que suele alternar con todos sus

clientes y que no ha olvidado a los de la peña cuyo estado de ánimo se figura, corta los comentarios y las censuras. Sin embargo, Faud y sus amigos exteriorizan su opinión.

—No comprendemos el porqué de estas manifestaciones de alegría. El título que os han concedido no habrá de aumentar el crédito de la casa.

—Necesidades del negocio.

—¡Hum! ¿Y el baile de esta noche?

—No puedo privar a mis hijas de este placer. No asistir a él sería por otra parte una indelicadeza.

—Ya.

—¡Este café está frío! A ver: ¡Camarero!

En realidad aquella tarde con el entusiasmo producido por el acontecimiento que se registra en casa de Tomasoni, los servicios andan un poco desatendidos. La entrada de Teresita en la cocina remedia en el acto las deficiencias subsanando todos los errores.

—Se quejan de que el café está frío. Tengo que estar en todo. Esta leche... y estos buñuelos sin azúcar — dice, deteniendo a una camarera que se dispone a salir con una fuente de buñuelos sin azucararlos como es debido.

Sobre la mesa del taller aparecen unas soberbias tartas de almendra.

—¿Todavía sin entregar las tartas de palacio? — dice, acudiendo a colocarlas en una caja de cartón.

—Este trabajo corresponde a su hermana — dice Franz, que está ocupado en sacar del horno, con una enorme pala unos hermosos pasteles. —Por donde andará la señorita Ana! Dentro de ocho días, Pentecostés; si su papá cumple lo dicho y me asciende a jefe de taller, le hablaré de su hermana.

También el bueno del señor Tomasoni acude a la cocina con reclamaciones. Pregunta por el diablillo de Ana, y Teresita le dice que está en la escuela, cuando en realidad ha ido a dar un paseo con unas amiguitas por el Jardín Inglés, lugar escogido por la aristocracia. Ana está comentando entusiasmada con sus amigas el éxito que espera alcanzar en el baile de palacio con los lindos vestidos que van a lucir su hermana Teresita y ella y les muestra un riquísimo chal que le ha regalado su padre.

—Teresa con su vestido de encajes y yo de seda blanca, muy descotada. Nos va a salir un novio a las dos. Mírial que precioso chal me ha comprado papá.

Y en el preciso momento de exhibir el delicado prodigo de lencería, una ráfaga de viento lo arrebata de sus manos, yendo a quedar enzarzado en las ramas de un árbol del paseo, cerca de la cabeza de una estatua de Diana Cazadora que sirve de remate a un discreto banco de mármol oculto entre frondosa rosaleda.

—¡Mi chal! ¡Mi chal! — grita la pizpireta Anita que había soltado la prenda para contener, al igual que sus compañeras el vuelo de su vaporosa falda que al levantarla el aire ponía al descubierto el lindo pantalón de encajes que cubre su pantorrilla hasta muy cerca del tobillo.

Coincidiendo con el contratiempo que ha puesto el chal fuera del alcance de las manos de Ana, unas voces próximas anuncian el paso del Rey por los jardines. Luis de Baviera pasa en aquel momento a caballo y le acompaña su sobrina, amazona en un soberbio potro blanco. El monarca y la princesa Elisabeth descubren en el parque la presencia del joven conde Tettenbach que recién llegado de Viena pasea también por el Jardín Inglés, montado en un alazán de bella estampa.

—El conde Tettenbach cabalga en el Jardín Inglés. Buena ocasión para recibirle — ha insinuado la princesa a su tío.

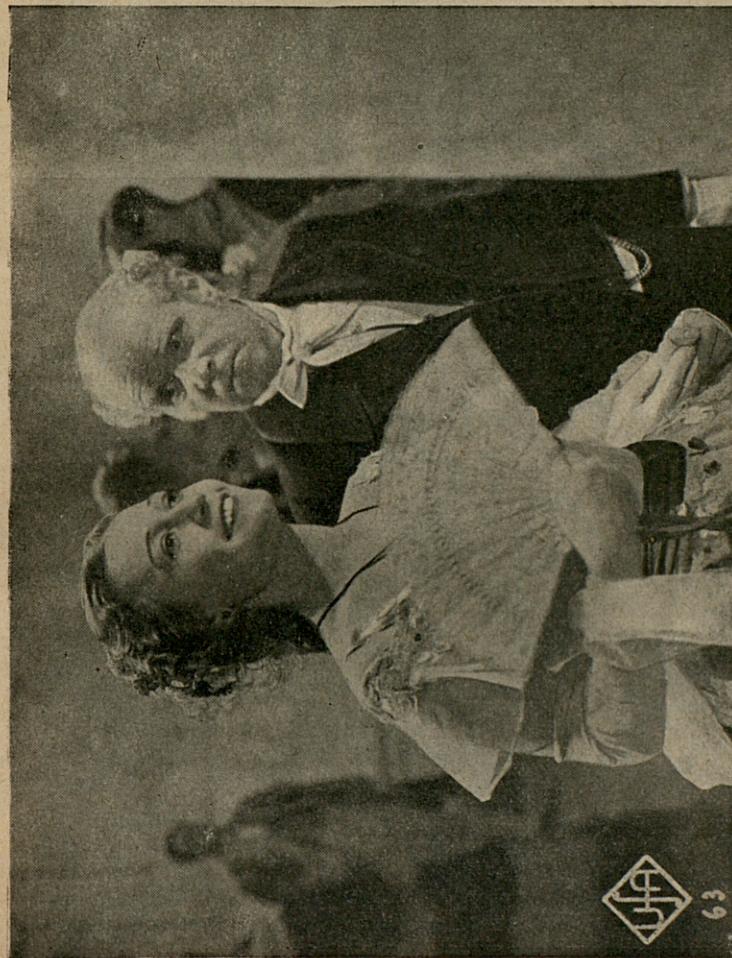
—Ya te digo que no puedo hablarle. Quizá en el baile.

Los ciudadanos que en aquella hora de la tarde pasean por el jardín aplauden el paso del rey Luis y su sobrina, y éstos corresponden con un cariñoso saludo. El conde Tettenbach se ha detenido con su cabalgadura cerca del banco de Diana Cazadora, a cuya estatua se ha subido la hija del cafetero Tomasoni en sus apuros por recobrar el chal que se balancea en las ramas de un plátano, lejos del alcance de sus manos. Fredi Tettenbach, al percatarse de ello con la punta de su varita de montar pesca el chal fácilmente y lo aproxima a las manos de Ana, la cual recobra la prenda y corresponde con una graciosa sonrisa a los buenos oficios del apuesto caballero.

—¡Por fin! Gracias. No tiene ni un rasguño. He temido perderle. Lo llevaré esta noche en el baile de palacio — agrega como para darse tono.

—¿Irá usted al baile? Quizá nos encontraremos. ¿Me cederá el primer vals?

Y así diciendo se brinda el conde a descenderla de la



Teresita, la linda hija del acreditado chocolatero, cruza el dintel del salón, acompañada...



Franz, que se ha propuesto ser inflexible en su misión de guardián...

estatua, le ofrece el auxilio de sus firmes brazos, pero re tiene un momento a la linda muchacha en la silla de su cabalgadura.

—Pero, ¿qué está haciendo usted?

—Ayudarle a descender... sin prisas.

—¡Súlteme!

—Pido una recompensa. Un beso.

—Pero...

—Nadie puede vernos. Uno solo. Un recuerdo.

Y el atrevido Fredi la besa.

Nadie puede ver realmente a la pareja que cobija la fronda o por lo menos así se lo figura el de Tettenbach. Sin embargo, el diálogo es oído perfectamente por el señor de Brondmeyer, un sujeto chismoso que suele gozarse en el rastreo placer de calumniar a sus semejantes y que se halla sentado precisamente en el otro lado del banco sin que su presencia haya sido advertida.

—¡Eh! Eso es un escándalo.

Y el diálogo breve entre Ana y el conde prosigue tan sólo unos instantes, que bastan para descender a la muchacha hasta el banco y entregarle él unas flores sin bajar de la cabalgadura. El señor Brondmeyer no puede ver la pareja de donde se halla situado, pero levanta los ojos del periódico y aguza el oído.

—Me ha mordido — dice Ana en aquel momento queriendo librarse del caballo que monta Fredi y obligarle a soltar unos encajes de su falda.

Y al separarse vivamente mientras Fredi tranquiliza al caballo dándole unas cariñosas palmaditas en el pescuezo, la propia Ana rasga, sin darse cuenta, su acampanado merienda que el caballo seguía sujetando entre sus dientes.

—¡Me ha roto el vestido! — exclama consternada al darse cuenta y mientras el conde Fredi vuelve grupas y se aleja al trote del lugar de la aventura.

El señor de Brondmeyer, fuera ya de sus casillas, se abre paso con el bastón por entre los ramajes y masculla una interjección contra el Don Juan protagonista de la escena:

—¡Qué bruto! ¡En pleno dia, un oficial!

Anita que considera con dolor el percance que ha sufrido su falda, profiere un grito al verse sorprendida por la aparición del desconocido, bastón en mano y echa a correr

emprendiendo el regreso a su casa, donde su hermana Teresa la espera ya impaciente, vistiéndose para el baile de palacio.

De pie ante el espejo, Teresita, con vaporoso y lindo traje, está dando los últimos toques a su tocado. Anita entra precipitadamente y corre a cambiar su vestido, procurando esconder el que se ha quitado, para que su hermana no descubra la falda rota.

—Por fin, ¿Dónde estuviste? Un poco más y te quedas sin ir al baile esta noche. Papá está furioso.

—He tenido una verdadera aventura — dice, detrás del biombo, Anita.

—Déjate de historias y vistete aprisa.

Ana se apresura a esconder el vestido bajo la colcha de su cama, pero la operación la ve su hermana por el espejo.

—¡Qué guapa estás! — comenta Anita, considerando la belleza de su hermana mayor.

—Más vale que me ayudes.

Anita, evocando la aventura del parque acude a su hermana y le ayuda, anunciándole que ya tiene comprometido el primer vals de aquella noche.

—¿Te figuras que soy todavía una niña? He tenido una aventura con un teniente muy guapo.

—Con un soldado de plomo.

—De carne y hueso y capaz de dar besos.

Ignora Anita que abajo en el café, el señor de Brondmeyer, testigo oculto de su aventura y asiduo contertulio de la peña del diputado Faud refiere a sus amigos y al propio Tomasoni lo ocurrido en el parque, adornándolo con detalles de su cosecha. La aventura, conforme la cuenta el chismoso de Brondmeyer adquiere la forma de bochornoso percance para la honorabilidad de la muchacha protagonista, a la cual no conoce.

—Pobre padre — comenta el propio Tomasoni.

—Esto es una bofetada a la burguesía.

La aparición de Ana en lo alto de la escalera llamando a su padre, vestida ya para ir al baile de palacio, hace que el señor Brondmeyer enmudezca sorprendido al recordarla.

—La muchacha del Jardín Inglés — dice levantándose con el brazo tendido y señalando a Anita con su índice acusador —. No me cabe duda; ella es.

Anita, al ser reconocida profiere un grito y desaparece por la escalera. Su actitud ha sido una dolorosa revelación para su padre y motivo de íntimo regocijo para el diputado Faud al considerar la humillación del flamante Proveedor de la Real Casa.

Luis Tomasoni, rojo de indignación, sube a la habitación de sus hijas y exige a grandes voces a Anita que explique lo ocurrido.

—¡Te han encontrado en el jardín! ¡Qué vergüenza!

—¡Son mentiras!

—¡Te atreves a negarlo? El señor Brondmeyer te ha reconocido. ¡Cómo se llama el oficial?

—¡No sé! — protesta entre sollozos la muchacha. —El viento se llevó mi chal y él me ayudó a cogerlo.

—¿Qué dices tú a esto? — pregunta el padre, cruzando los brazos y volviéndose hacia Teresa, que permanece callada, hilvanando mentalmente las palabras que aquella noche pronunció Ana a su llegada y recordando su extraña operación de esconder el vestido en la cama.

—Tal vez no sepa lo que ha hecho. Déjame sola con ella.

En ese instante de desazón para los Tomasoni, aparece en la puerta el rostro jovial de Franz anunciando que el coche está dispuesto.

—El coche espera al proveedor de la Real Casa.

—Vaya al diablo el título y el baile! ¡Para balle estamos esta noche!

Teresa, al quedar sola con su hermana que llora desconsoladamente sentada en la cama, acude a ella y le hace unas atinadas reflexiones. Anita sigue llorando y negando hasta que Teresa se apodera del vestido roto, presentándolo como pieza de convicción.

—Y esto, ¿es mentira también? Te he visto cómo lo escondías al llegar. ¿Seguirás negando ahora?

En vista de que es inútil la negativa, Ana llora amargamente.

—Lo siento porque no podrás ir al baile por culpa mía.

—Eres una mocosa. Desnúdate.

Unas voces que proceden de la escalera atraen la atención de Teresa y acude a enterarse de la causa del alboroto. Se trata de Franz que se las entiende con el señor

Brondmeyer, pretendiendo que retire sus acusaciones.

—Retire usted lo que dijo.

—¡No le importa!

—¡Es usted un impostor!

—Lo siento, pero lo vi con mis ojos.

La intervención de Teresa corta la violenta escena en el momento en que Franz echaba las manos al cuello al chismoso acusador.

—¡Franz! ¡Déjale! — Y luego a solas ya con Brondmeyer, le dice con severidad:

—Si usted no puede precisar quién es el oficial, no puede asegurar tampoco que la joven sea mi hermana.

—Lo siento, señorita, pero no puedo callar.

El diputado Faud se reúne con Brondmeyer y agrega a las palabras de éste que el asunto será esclarecido públicamente. Se trata de una humillación que según el diputado ha recibido la burguesía de los militares y hay que exigir pública reparación. Estas palabras dan a entender a Teresa que los propósitos del diputado Faud son de armar un escándalo público poniendo en entredicho la honorabilidad de su hermana para fines políticos. Una idea le asalta repentinamente y corre al encuentro de su padre.

—¡Papá! ¡papá! ¡Vamos al baile inmediatamente!

—¿Estás loca? Después de lo ocurrido...

—Por esto precisamente!

* * *

El salón de recepciones del palacio real de Munich ofrece un aspecto brillantísimo. La nobleza, la aristocracia, diplomáticos y militares se han reunido bajo sus luces, sus pinturas y sus inmensos espejos y las más hermosas damas y los vestidos más sumptuosos forman el complemento del soberbio cuadro de belleza y magnificencia.

Destacan por su distinción y hermosura la princesa Elisabeth y por su arrogancia el joven conde Tettenbach, enviado de Viena que retirado a un ángulo del salón charla con un hermano de la princesa y confía en hallar la oportunidad de cumplir discretamente la misión que el emperador le ha confiado, pese a la vigilancia que sobre él ejerce el embajador su tío.

Temeroso éste de que el astuto Fredi realice sus propósitos burlando sus prevenciones, se ha situado cerca del rey Luis y le recuerda una vez más los deseos de la corte de Viena.

—Allí está mi sobrino Fredi, señor. Confío en que no le concederéis audiencia. En Viena se hallan intranquilos.

—Tranquilízalo. No quiero que la Emperatriz madre sufra de los nervios.

Este cambio de palabras entre el rey y el embajador de Austria no ha pasado inadvertido a la princesa Elisabeth y al ministro Deominges, los cuales se han trazado ya su plan para facilitar la comisión del enviado privado del Emperador.

Después de cambiar el ministro de Asuntos Extranjeros unas palabras con la princesa, se dirige hacia el rey Luis II y le recuerda que el enviado privado del emperador Francisco José está en el baile y que aguarda la oportunidad de realizar la comisión que le ha sido confiada en Viena.

—Le hablaré más tarde bailando — contesta a media voz el rey, que se sabe observado por el embajador de Austria y busca una fórmula que resuelva fácilmente el problema que se le plantea.

El joven Tettenbach no parece muy preocupado por la responsabilidad que pesa sobre él. Mientras los protagonistas de la intriga se afanan por solucionarla según sus puntos de vista, Fredi Tettenbach contempla perplejo la hermosura de las damas de Munich y manifiesta su asombro al príncipe Carlos que le acompaña.

—¡Cuántas bellezas! Te envío sinceramente como muniqués.

—Esto no es nada. Acompáñame y tendrás ocasión de admirar bellezas mejores. Nuestros reyes fueron siempre muy aficionados a la pintura y contamos en palacio con una galería de retratos que es una maravilla.

Y Carlos, haciendo a Fredi los honores del palacio, lo conduce a un espléndido salón de pinturas, cuyas paredes aparecen cubiertas de retratos, entre los cuales destaca la hermosura de una burguesita que reúne en su físico la armonía perfecta de la línea y una serena dignidad que nada tiene que envidiar de las encopetadas damas cuya belleza reproducen otras telas de la colección palatina.

—¡Espléndida! — comenta Fredi. —¿Una princesa?

—La esposa de un cafetero. Nuestros reyes retratan a las

burguesas. En la corte imperial de Viena no comprenderían esas costumbres que son cosa corriente aquí en Munich.

—Pero, ¡cielos! ¡Si aquí viene el original del cuadro!

En efecto, Teresita Tomasoni, la linda hija del acreditado chocolatero, cruza en este preciso instante el dintel del salón de pinturas, lo atraviesa acompañada de su señor padre, que no puede disimular su azoramiento por llegar al baile en hora tan avanzada y penetra en el de recepciones en el momento en que la orquesta preludia los compases del primer vals.

Fredi ha seguido con los ojos atónitos el paso de Teresa cuya belleza y distinción le han impresionado tanto como la tela que estuvo contemplando y mira a la señorita Tomasoni preguntándose si el original del cuadro ha pasado ante sus ojos en carne y hueso.

—¡Parece increíble! — dice a Carlos.

—El parecido es asombroso. Como de madre e hija, ¿no es cierto?

Y efectivamente, la madre de Teresita Tomasoni es la que aparece su efigie entre las pinturas del Museo Real. Fredi, que no se acuerda ya de cuadro alguno, marcha al salón seguido por su acompañante. La aparición de los Tomasoni ha llamado la atención y el cafetero no puede disimular la turbación que le invade, tropieza con una estatua y se excusa por haberla pisado, se imagina que todos los ojos se fijan en él y no comprende que lo que admiran especialmente los jóvenes oficiales bajo cuyas miradas se siente asaetado, es la belleza delicada de su encantadora hija.

La orquesta real ataca con brío las notas de un vals vienes, las parejas surgen de todos los ángulos del salón y los jóvenes militares se disputan el honor de bailar el primer vals con la hija del nuevo proveedor de la Real Casa. Fredi Tettenbach, que ha ido a conversar con la princesa Elisabeth, no pierde de vista a Teresa y observa que la bella cafeterita se muestra singularmente desdenosa con los oficiales, negándose a bailar con ellos. El incidente le produce verdadero regocijo y va contestando distraídamente a las palabras de la princesa:

—Mi tío espera hablarlos durante el baile.

—Puede ser... ¡Hum!, otra calabaza.

—El embajador de Austria no le deja un momento, pero confío en que...

—Otro memo.

Al oír estas palabras, mira la princesa no sin cierto asombro al fresco de Fredi, pero descubre que su atención aparece abstraída contemplando a la bella hija de Tomasoni que en el ángulo opuesto del salón continúa calabaceando a cuantos pretenden el honor de sacarla a bailar.

—Ah! Comprendo... ¿Os gusta la señorita Tomasoni? Yo no he de ser nunca un obstáculo para los enamorados. Id a bailar con ella si éste es vuestro deseo.

Y agraciado con una respetuosa inclinación la descendencia de su alteza la princesa Elisabeth, Fredi cruza el salón y se reúne con el grupo de oficiales que comenta la actitud impermeable adoptada por la burguesita, que sigue prodigando su negativa desdenosa a cada invitación al vals que recibe de parte de los gallardos oficiales que acuden a solicitarla.

—Sois unos infelices — dice, estirándose el uniforme — Ahora veréis.

El joven conde, caminando con paso firme, se dirige en busca de Teresa Tomasoni y con distinción innegable inclina su cabeza ante el padre de la beldad, pidiéndole venia para dirigirle la palabra y, obtenida ésta, formula la petición de rigor a la que aspira a llevar de pareja.

El asombro de Fredi que confiaba en sus dotes personales para apuntarse un éxito a la vista de sus compañeros no es para descrito al recibir, como aquellos, una rotunda negativa.

—Realmente no comprendo... ¿Me permite usted que insista?

Todo en balde. Diríase que la hija del proveedor de la Real Casa no parece muy dispuesta a hacer honor a la invitación recibida por su padre de asistir al baile organizado en palacio por la corte de Baviera con el fin de honrar en su persona a la representación de la burguesía de Munich.

Fredi se retira mohino, encajando las cuchufletas de los oficiales bávaros al considerar que la misma suerte que ellos ha corrido el apuesto austriaco y en este estado de ánimo es abordado por su tío embajador que de antemano da por descontado que Fredi fracasará también de igual modo en la comisión que le ha traído a Munich.

—Haces bien en dedicarte a las señoras. Hoy no tendrías suerte en la política.

—El amor lo confío a la suerte; la política a mi cabeza.
Estas palabras las ha dicho Fredi volviéndole la espalda para dirigirse al encuentro de Deominges, el ministro, que por indicación de la princesa Elisabeth, testigo de sus tribulaciones, le llama con la intención de bailar con él. La inquietud del tío de Fredi sube de punto viendo de pareja a Fredi y a la princesa y teme que a través de aquél valls se urda una intriga que dé al traste con todas sus medidas de diplomático experimentado.

Elisabeth sonríe compasivamente a Fredi en el momento de acudir éste a buscarla bajo la influencia todavía de la impresión producida en su ánimo por la negativa de Teresita Tomasoni.

—Tendréis que contentaros conmigo. Haré lo que pueda por consolarlos de vuestro fracaso en amor.

El tío de Fredi, abusando de sus funciones de embajador, se aproxima al rey Luis, alarmado al ver que su sobrino se dispone a bailar con la princesa elegida por el corazón del emperador de Austria y comete la torpeza de manifestar al monarca sus inquietudes.

—¡Señor! ¡señor!... Si baila con ella en Viena se ponen nerviosos.

—Y yo también, excelencia — replica el rey, molesto ya de tanta impertinencia y encaminándose hacia el grupo de oficiales que rodean a la hija de Tomasoni. En realidad, no ha pasado inadvertida a Luis II la extraña actitud de la hermosa burguesita y quiere averiguar las causas que la han motivado. Por ello quiere una explicación de los jóvenes oficiales.

—Es imperdonable que dejen ustedes sin bailar a esta hermosa joven.

—Esta señorita se niega a bailar.

—Es muy poco halagador para ustedes.

Percatado el rey de que puede haber alguna causa que justifique a la señorita Tomasoni, se dirige a ella, acompañado por el ministro Deominges.

—¡El rey! ¡El rey! — balbucea el padre de Teresa, dándole con el codo y convencido de que finalmente la testarudez de su hija ha llamado la atención y de que algo grave va a sucederles.

Teresa Tomasoni, que no deseaba otra cosa, se levanta de la silla y recibe al monarca con una graciosa reverencia.

—Señor.

—Los oficiales se quejan de vuestro desdén.

—Ellos son los culpables de que no les conceda mejor trato.

—Es que no sabe bailar — ataja el padre de Teresa, temiendo que ocurra algo grave.

—¿No sabéis bailar? Esto es realmente increíble en una muniquesa.

—Un oficial ha ofendido a una hermana mía, majestad. Siento en el alma que esto haya sucedido, porque luego afirma el señor Faud que no sabéis mandar a vuestros oficiales.

—Es un diputado, señor — aclara el padre que sigue tembloroso el desarrollo de la escena.

Intrigado el rey por las palabras de Teresa y observando que ésta se dispone a solicitar algo de su gracia, toma asiento junto a ella, diciendo a Deominges las siguientes palabras:

—Cargo con la responsabilidad de esta audiencia.

Nadie en el salón ha perdido un detalle de cuanto acontece entre el rey y la hija del cafetero y todas las miradas siguen con curiosidad los movimientos del monarca y de la burguesita. Tampoco han dejado de advertirlo Fredi Tettenbach y la princesa, quienes girando al amor de la música dulzona del vals comentan el incidente.

—Su Majestad ha roto el hielo — exclama Fredi, que envidia al rey viéndole conversar cariñosamente con Teresita.

¿De qué estarían hablando? Ni por asomo puede figurarse el audaz Fredi que el tema del diálogo real sea su inocentona aventura del jardín inglés con la ingenua hermana de Teresa, para él perfectamente desconocida, aventura que la maledicencia de los calumniadores ha convertido en motivo de deshonor para una joven burguesa a juicio de éstos humillada por un desaprensivo oficial.

Enterado el rey del lance que pone en entredicho la honorabilidad de los Tomasoni, da a la joven su palabra de que el oficial autor del hecho rendirá cuentas de su acción casándose con Anita en el plazo de tres días y, levantándose, a continuación, invita a la señorita Tomasoni a bailar, con estas palabras:

—¿Me dará también calabazas a mí?

Tomasoni está que se derrite de satisfacción ante el re-

sultado de la audiencia concedida por el rey a su hija y cree morir de regocijo viendo al monarca formar pareja con ella, a la orquesta atacar con brío la repetición del vals y a las parejas retirarse a los extremos del salón en actitud respetuosa para dejar que el monarca baile solo y con todos los honores su vals real.

El rey y la bella joven giran suavemente en el gran claro que se ha formado en su honor, mientras Fredi y la princesa Elisabeth se detienen también para adoptar una actitud respetuosa.

Su Alteza observa la visible contrariedad de Fredi e insiste sobre el desengaño que ha recibido de la señorita Tomasoni, prometiéndole intervenir en su favor, valiéndose de una argucia para que baile con él.

—Conozco a mi tío — dice el rey — y sé que no tardará en resentirse de la ciática. Aguarde usted ahí y verá dentro de poco cómo le cede su pareja.

Efectivamente. Luis II, en su alarde de energía, se ha olvidado de que sus fuerzas físicas no acompañan los impulsos de su jovial corazón. Está bailando con la bella burguesita y a las dos vueltas de vals ya se arrepiente de haber iniciado el baile.

—Ahora comprendo porque mi padre hizo retratar a su madre — le ha dicho en el primer instante, contemplando la belleza radiante de Teresita. Pero unos segundos después le ha preguntado con amable acento: —¿Se fatiga usted señorita?

—De ningún modo. Estaría bailando toda la noche.

Convencido de que la señorita Tomasoni se ha decidido tarde a bailar pero que le ha entrado gran afición a la danza, el monarca opta por dimitir su plaza de bailarín y confiar su pareja a otro con mayores energías. Fredi se ha detenido cerca y permanece destacado del corillo, esperando, a indicación de la princesa Elisabeth, lo que no tarda en acontecer.

—Le confío a la señorita — dice Luis II deteniéndose y dando un traspies. —Trátela usted bien, que su belleza lo merece.

Encantado interiormente Fredi, toma en sus brazos a Teresa, pero acentúa una actitud de indiferencia que deja mucho de ser real, fingiendo que al bailar con ella se limita a cumplir una orden del rey.

—¿Qué le pasa a usted? — inquiere Teresa Tomasoni, al observar su seriedad.

—Nada. Obedezco las órdenes de S. M.— Pero al girar ante el grupo de sus amigos oficiales que le miran con envidia, les hace un guiño significativo para que rápidamente que ha salido airoso en sus deseos de bailar con la Tomasoni.

—¡Qué hermoso vals! — comenta ella, que ya se ha dado cuenta de que Fredi es un joven simpático y peligroso.

—Muy lindo. Mejor es todavía la letra.

Y con los ojos semientornados, Fredi tararea el vals.

Un amor risueño y arrebatador;
cuando la música muere
surge un sueño encantador.
En las vueltas de un vals
ha nacido el amor.

Mientras Teresita Tomasoni se siente feliz girando sobre el piso ensillado del salón real en brazos de Fredi Tettenbach, bajo la aureola deslumbrante de las arañas de luz que convierten aquel lugar en un paraíso de ensueño, su hermana Anita, encerrada en su habitación por orden inquebrantable de su señor padre, está bailando también con un monigote de trapo, figurándose por un momento cumplir la palabra dada a su teniente del jardín inglés de concederle el primer vals. Cuán lejos se halla de suponer que su hermana mayor ocupa, sin saberlo, su plaza como pareja de Fredi Tettenbach su audaz galán, al que supone Anita un oficial vulgar, ignorando su condición noble.

De guardia en el rellano de la escalera frente a la puerta del cuarto de Ana, permanece el buenazo de Franz, devorando una sabrosa manzana, cuando la voz de Anita le llama queda y cariñosamente:

—Abreme, Franz. Simpático Franz, ¡no seas malo!...

—La señorita no debe salir — contesta Franz, que se ha propuesto ser inflexible en su misión de guardián.

—Tengo que decirte una cosa.

Franz abre la puerta y permite que Ana se asome en ella, yendo él a sentarse otra vez en los escalones con su manzana.

—Deja que me sienta a tu lado, Franz. ¿Verdad que no te enfadaste conmigo? Es mentira lo que contó el señor Brondmeyer.

—¿Mentira? ¡A otro perro con ese hueso!

—Eres muy grosero conmigo.

—¿Era guapo el teniente?

—Precioso y muy amable. Si continuas así — dice Ana, levantándose y volviendo a penetrar en el cuarto — iré con mi teniente.

Ana cierra la puerta y Franz le tira los restos de la manzana, indignado.

Así las cosas, en palacio la fiesta toca a su fin. Teresa ha bailado con Fredi el resto de la noche y llega un baile de conjunto a la usanza de la época. Las parejas se paran y los bailarines van cambiando de pareja en forma de cadena, pasando de una mano a otra. El rey, al pasar cerca de Teresa, le pregunta qué tal le ha parecido Fredi.

—Muy simpático, pero muy atrevido.

La princesa Elisabeth, que en aquel instante pasa a las manos de Fredi, le recuerda su compromiso con el emperador.

—Ha llegado el momento. El rey se acerca.

Fredi se dispone a burlar la vigilancia de su tío y aprovechando el momento de cruzarse con el monarca de Baviera, desliza estas palabras a su oído:

—¿Qué debo contestar a Viena?

El rey se aleja y toma de la mano a su sobrina para avanzar con ella al encuentro de la pareja situada enfrente con la cual debe cambiar un saludo versallesco. La pareja que les corresponde es la que forman Fredi y Teresita Tomasoni.

—Tío — dice Elisabeth al rey con una encantadora sonrisa. —¿Dejarás que el simpático Fredi fracase en su viaje a Munich?

—¿Qué diré al emperador, Majestad? — pregunta Fredi al inclinar su cabeza cerca de la del rey.

—Que sí! — contesta Luis II, estrechando la mano de Elisabeth, que sonríe sin poder disimular su regocijo.

El baile de parejas termina y el embajador de Austria ve con asombro que el rey llama a su ministro de Negocios Extranjeros aparte. Temeroso de que Fredi se haya salido con la suya, le interroga impaciente, cuando llevando a Teresita del brazo, atraviesa el salón para dirigirse al de pinturas.

—¿Por qué llama el rey al ministro?

Y Fredi, triunfador, replica, marcando la frase:

—Para que anuncie los espousales a Viena.

Mientras el tío de Fredi suelta un respingo y se aleja dando media vuelta, ella dice ingenuamente a su pareja:

—No puedo sufrir a este tipo.

—Yo tampoco. Es mi tío.

—¡Oh! Perdón.

—Antes de conocerla, la conocía ya — dice Fredi, sin dar importancia a la coladura de Teresita. —Fíjese usted en este cuadro.

La deliciosa pareja se ha detenido en el desierto salón de pinturas ante el cuadro que reproduce la belleza helénica de la madre de Teresa Tomasoni.

—¡Qué preciosa mujer!

—¿Me parezco a mi madre?

—Mucho. Los ojos, el cabello. Al principio no hablaba. Ahora sí...

Y Fredi retiene entre las suyas la delicada mano de la joven, que ésta retira, bajando los ojos sin poder ocultar su turbación.

—Quiero pedirle un favor, señorita.

—¿Cuál?

—Volver a verla.

La Tomasoni levanta sus grandes ojos negros, mira un momento a Fredi, sonríe y sin contestar se aleja corriendo. Ha quedado en las manos del conde el lindo abanico de marfil y encajes de la muchacha y éste corre tras ella para devolvérselo, pero antes se detiene ante un búcaro de alabastro, toma una linda rosa blanca y la coloca entre las varillas del abanico.

El papá de Teresa está siendo objeto de un asedio por las damas aristocráticas a las cuales explica la fórmula para obtener los deliciosos pasteles del rey Tunturuntún XVII, por lo que se niega a abandonar todavía el salón cuando ella acude a buscarle. Al observarle tan atareado, decide partir sola, baja la escalera cantando el vals romántico que aprendiera de labios de Fredi y se dirige al coche.

El conde Tettenbach llega al zaguán, la alcanza ya en el estribo y le devuelve el abanico reteniéndole un momento las manos.

—¡Hasta muy pronto!

El coche arranca y momentos después sube Teresa las escaleras de su casa evocando el vals como si oyera todavía

la orquesta real interpretándolo magistralmente. Girando despacio entra en su habitación con la vela encendida en la mano y la deposita suavemente sobre el tocador, después de dar dos vueltas pausadas ante el espejo.

Ana, en la cama contigua a la de Teresa, baja el embozo de la colcha y contempla a su hermana radiante de belleza y satisfecha del éxito logrado en palacio.

—¿Estás despierta, Ana? ¡Qué felicidad! He bailado con el rey. Me ha prometido que el teniente se casará contigo. Y Teresa empieza a desnudarse.

—¡Qué dicha la mía! —ha exclamado Ana, que se considera ya la prometida de un gallardo oficial. —¿No viste a un teniente muy provocador?

—He hablado con uno muy serio. Es austriaco.

Ana descubre en el suelo la rosa de Fredi que se le ha caído a su hermana del abanico.

—¡Qué linda rosa! ¿Te la regaló el austriaco

Teresa recoge la flor del suelo, aspira su perfume cerrando los ojos, la coloca en el florero de la mesilla de noche y se acuesta evocando mentalmente las escenas de aquella noche para ella la más feliz de su vida.

—¿Duermes, Ana?

—Buenas noches.

—En qué piensas?

—Y tú?

Y las dos jóvenes no tardan en dormirse, ignorando que al recordar a un oficial del jardín inglés y a un gallardo mancebo palatino, hacen de una misma persona el imán de sus pensamientos.

* * *

La orden del rey Luis II de Baviera, disponiendo que el oficial que el día 15 por la tarde ofendiera en el jardín inglés a una señorita se presente inmediatamente a sus jefes, ha sido cursada a todos los cuarteles. Fredi y el príncipe Carlos la están oyendo en el momento de montar a caballo.

—Estoy dispuesto a batirme con él.

—Como austriaco no debes mezclarte en el asunto. ¿Por qué tienes tanta prisa?

—La esperanza de una cita.

—Se ve que estás enamorado.

Fredi se aleja, trasladándose a caballo a la «brasserie» Tomasoni con la esperanza de hablar con Teresa. El rey acaba de llegar precisamente al establecimiento y mientras se desviven Tomasoni y sus camareros por servirle, la peña del diputado Faud observa la escena a través de los cristales, opinando que si Tomasoni no aprovecha la ocasión para hablar del caso de su hija, cometerá una torpeza.

Faud y sus contertulios ignoran que el rey está ya enterado de todo.

—Mi querido Tomasoni, no he olvidado su caso —está diciendo el rey en aquel instante al cafetero, que todavía se muestra atribulado por el alto honor que éste le concede acudiendo a su terraza.

—No tiene importancia, señor.

—Yo lo considero muy importante y quiero arreglarlo lo antes posible. El oficial no se ha presentado. A usted le ha ofendido como padre y a mí como rey.

Mientras Luis II y su ministro Deominges hablan con Tomasoni que les sirve personalmente, Teresa, que ha descubierto en el extremo de la terraza al conde Fredi Tettbach, acude a saludarle. El conde insiste en pedirle una entrevista pero ella repite que no sale nunca del establecimiento. Suelen ir algún día a la ópera pero su padre se duerme y no le gusta la música. Fredi, que es hombre audaz y que no se arredra ante las dificultades, le dice al oír esto:

—Bien. Hasta la noche.

Teresa, a la que está llamando su padre, se despide de Fredi, no sin asombro al oír sus palabras y corre a reunirse con Tomasoni, que está retirando el servicio de la mesa que hasta aquel momento ha ocupado el rey.

—¿Dónde te escondes? El rey quería saludarte.

Fredi, que ha seguido a Teresa, se adelanta al encuentro del padre y le comunica muy serio que la princesa Elisabeth les invita a ir aquella noche a la ópera.

—Tanto honor! Pero... a la ópera. ¿Ha dicho usted a la ópera?

—Sí. Lo siento mucho. Es muy aburrido... pero...

—Soy de la misma opinión.

—No iremos —interrumpe ella vivamente.

—¡Qué grosería! No podemos rechazar la invitación. Tú puedes ir y usted puede hacerme el honor de acompañarla. Se lo agradeceré infinito.

—Pero...

—Es orden de su padre, señorita.

Tomasoni se aleja y Teresa le dice a Fredi que es el mayor fresco que ha conocido en su vida.

Momentos después Anita, que sigue encerrada en su habitación, se entusiasma al descubrir a través de los cristales de la ventana a su teniente del jardín inglés que cruza la calle en aquel instante. Así se lo comunica a Franz que le entra la merienda y el encargado del taller se asoma a su vez reconociendo en el oficial nada menos que al conde Tettenbach en persona.

—Pues no pica poco alto la señorita. Nada menos que condesa de Tettenbach.

* * *

Nos hallamos en la ópera. Fredi y Teresa ocupan un palco; en la escena se desarrolla un duío culminante de la obra en que el galán estrecha en sus brazos a una linda joven.

—Todos son iguales — dice ella con cierta ironía por la pareja del escenario.

—Siempre hay excepciones. ¡Tengo tanto que decirle! — agrega Fredi, que pretende hablar y cuando quiere hacerlo Teresa le obliga a guardar silencio con el índice sobre sus labios deliciosos.

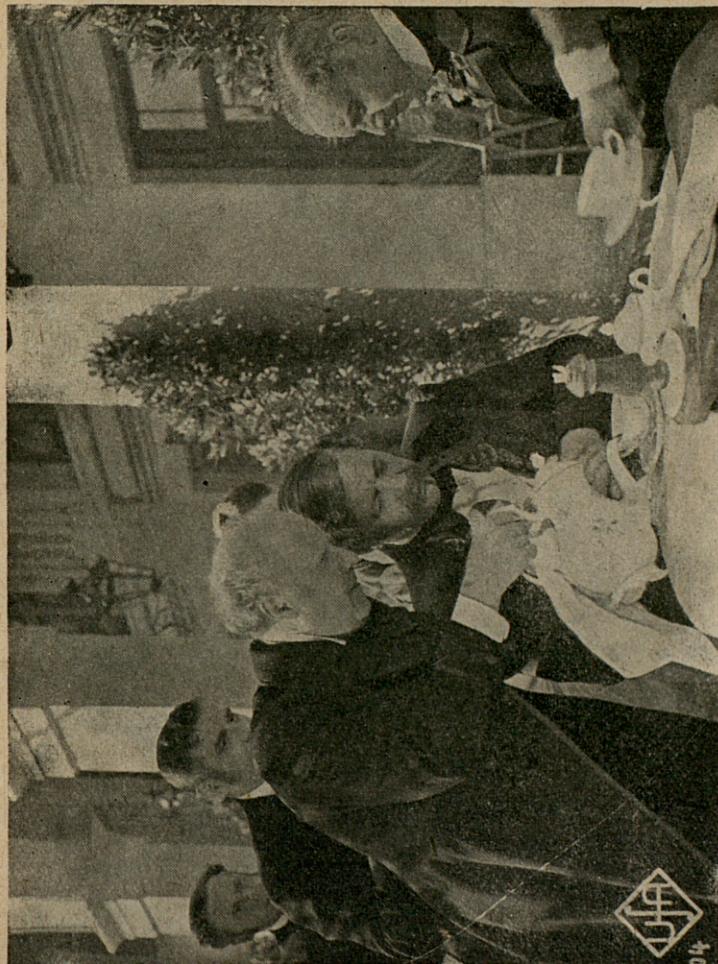
—Más vale que calle.

—Si llego a saberlo la llevo al circo.

Ana, la hermana de Teresa, que ha decidido actuar por su cuenta, después de ir personalmente al domicilio del conde Tettenbach y enterarse de que se halla en la ópera ocupando el palco número dos, va al teatro y consigue que el portero le permita subir a los palcos para un recado de urgencia. Un ujier entra en el que ocupan Fredi y Teresa y llamando discretamente al conde, le comunica que una señorita quiere hablar con él. Fredi dice que será un error, el enviado de Ana sale pero vuelve a entrar entregándole un papel que lee perplejo.

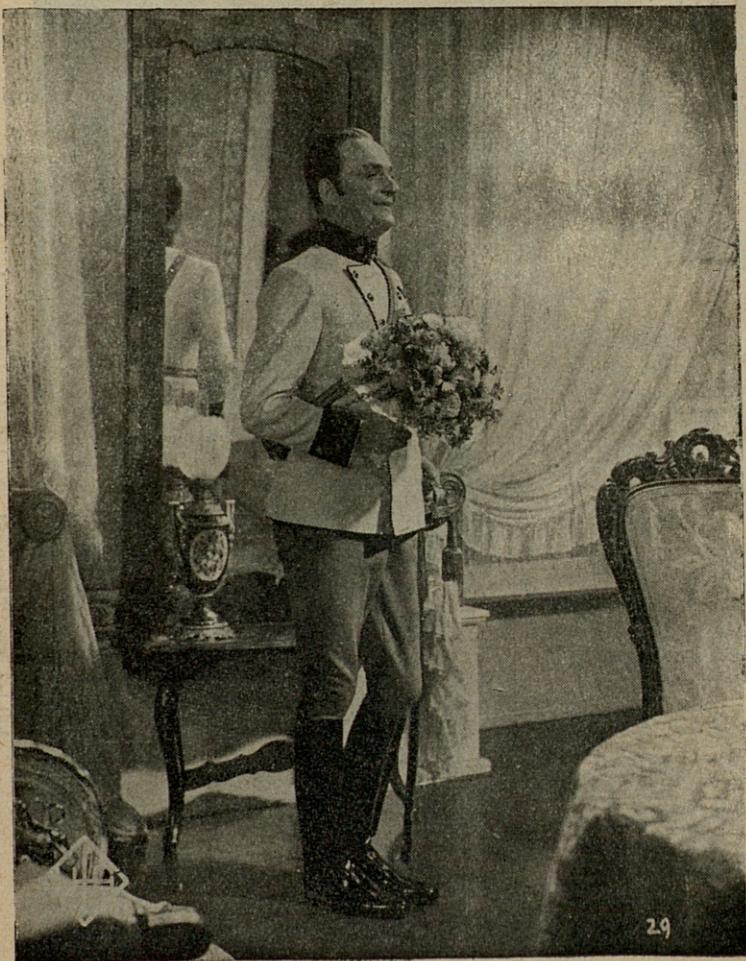
«La muchacha del jardín inglés quiere hablar con usted».

Ante la apurada situación, al observar que el billete va dirigido al conde Tettenbach, se le ocurre a Fredi traspasar el asunto a su tío que ocupa un palco situado preclaramente debajo del suyo. Con la mayor naturalidad le dice



UF
94

...hablan con Tomasoni que los sirve personalmente...



...portador de un ramillete para la que quiere hacer su esposa.

al portador que el asunto pertenece a su tío y mientras sale aquél, vuelve a sentarse tan fresco al lado de Teresa, la cual no se ha enterado del incidente ni le ha concedido la menor importancia.

El embajador de Austria, que está deseando tomar el desquite de la juguete que le ha hecho su sobrino con los espousales del emperador, al recibir el billete sale al encuentro de Ana y queda sorprendido al oír de labios de ésta que el conde Tettenbach a quien busca es más joven y apuesto y que debe casarse con él porque ella es «la muchacha del jardín inglés». Intrigado el tío interroga a la chica y ésta le deleita con su relato.

—¡Esto es excelente! ¡Cuénteme usted! — dice el tío, frotándose las manos.

Ana explica la aventura del jardín inglés y el escándalo que alrededor de ella se ha producido y el tío de Fredi le promete resolver el asunto personalmente.

Mientras esto sucede en el hall del teatro, Fredi, rebeldándose contra la consigna de silencio que Teresa le ha impuesto, aprovecha un momento en que la orquesta suena estrepitosamente para manifestarle que la quiere y que irá a pedirla en matrimonio a su padre.

—Ya sé que usted se muere por mí — dice él.

—¡No!

—¡Sí! Hablaré a su padre y le pediré su mano.

—¡No!

—¡Sí! Gitaré más que el tenor.

—Nos echarán a la calle. ¡No!

—¡Sí!

Fredi sube tanto la voz que el público de platea levanta la cabeza con asombro para dirigir la mirada al palco, del cual escapa Teresita sofocada. Fredi parte en pos de ella, la alcanza en el antepalco y la besa enamorado.

* * *

La ciudad de Munich se engalana para recibir al Emperador de Austria. La noticia de los espousales de la princesa Elisabeth con el emperador Francisco José ha llenado de júbilo a los ciudadanos, pero el diputado Faud princesa Elisabeth con el Emperador Francisco José ha la fiesta imperial con el pretexto de que un oficial ha

ofendido a una señorita burguesa. Cuando Faud y sus íntimos se enteren de la condición de austriaco que reúne además el autor de la inocente aventura a la que se quiere dar proporciones de escándalo público, las razones a argüir serán más sólidas todavía para pretender que no sea recibido el emperador austriaco con manifestaciones de júbilo popular. En el acreditado café los Tomasoni se hallan atareados colocando guirnaldas en la terraza cuando aparece el joven conde Fredi Tettenbach dispuesto a cumplir lo que anunció en el teatro a Teresa. Viene en coche descubierto, con su impecable uniforme blanco y portador de un ramillete para la que quiere hacer su esposa. Ana, al verle aparecer, cae de la escalera a consecuencia de la emoción, suponiendo que viene a buscarla por orden de su tío embajador, cuando en realidad a lo que viene Fredi es a pedir la mano de Teresa a su padre, ignorando que la muchacha del jardín inglés sea su hermana.

El apuesto oficial penetra en casa de Tomasoni por la puerta de la escalera que sube a sus habitaciones privadas y le sale al encuentro el bueno de Franz, preguntándole qué le trae a la casa de su patrón.

—Deseo hablar al señor Tomasoni y a su hija Teresa.

Al oír Franz estas palabras siente que el corazón se le escapa del pecho, puesto que son para él la revelación de que Fredi acude en busca de Teresa y no de Anita, de la cual él se siente perdidamente enamorado. En primer lugar corre a comunicar la noticia a Teresa, mientras Ana en su habitación se acalca, convencida de que por fin va a realizar su felicidad.

El señor Tomasoni, que ha visto llegar al oficial con el ramo en la mano, anuncia a sus clientes de la tertulia del diputado Faud que ya ha llegado el protagonista de la aventura del jardín inglés. Faud se deja caer en una silla sin poder disimular su contrariedad, considerando que todos sus planes se han venido al suelo.

Entre el señor Tomasoni y el conde, correcto, descubierto y con el ramillete en la mano, se desarrolla una singular escena. El padre, convencido de que viene a pedirle la mano de Anita le reprocha su tardanza en decidirse a reparar la falta cometida. Fredi que en este aspecto tiene la conciencia tranquila, contesta con el pensamiento puesto en la linda Teresa.

—Comprendo su sorpresa. Mi familia se sorprenderá también.

—Bastante ha tardado en reparar su falta.

Fredi, perplejo ante estas palabras, supone que Tomasoni alude a su ardor de llevarse a Teresita con él a la ópera.

—Espero que me perdone. Fué una estratagema para pasar juntos la noche.

—¡Diablo! No comprendo...

En ese instante aparece Ana en la puerta y como una flecha corre a echar los brazos al cuello de Fredi, presa de incontenible entusiasmo.

—¡Mi teniente! ¡Mi teniente del jardín inglés!

—¿Quién es usted? Le ruego que me deje en paz, señorita.

La escena culmina al entrar la hija mayor de Tomasoni, Teresa que acudía feliz a recibir a Fredi, siente que se le parte el corazón a la vista de la escena y al oír las palabras de Ana que son para ella una triste revelación.

—Teresa, esto es una confusión. Yo vengo...

—Me dijo ayer que vendría a pedir su mano — explica Teresa.

—¡No es verdad!

—¡Basta! Cassará con Ana como es su deber—. Y por no romper en sollozos abandona la habitación, mientras Fredi forcejea hasta librarse de Anita y echar con violencia en una silla el ramo que con tanta satisfacción trajo consigo al entrar.

—¡No me casaré jamás con la señorita!

Fredi corre en pos de Teresa, deteniéndola en la escalera.

—¿Por qué me ocultó lo de Ana?

—No sabía que era su hermana, pero le juro a usted que no hubo nada entre los dos. Fué una aventura inocente. Su hermana de usted es una niña.

—Le suplico que no insista.

—La adoro a usted ahora más que nunca y no me he de casar contra mi voluntad. Teresa...

—Retirese usted.

Contrariado, pero respetando el dolor de su adorada, con la corrección más caballerosa Fredi Tettenbach se cuadra, saluda y abandona la casa de los Tomasoni. Lo ocurrido en el seno de la familia del acreditado cafetero ha trascendido a la peña de clientes contenteros el diputado

Faud y éste ve llegado el momento de emplearse a fondo para provocar la maniobra política que tanto interesa a sus fines de popularidad. Ana, que se ha quedado compuesta y sin novio, volverá a servir de pretexto con su aventura del jardín inglés para provocar una protesta ciudadana que restando esplendor a las fiestas organizadas en honor del emperador con motivo de sus espousales con la princesa Elisabeth de Baviera, puede incluso entorpecer la proyectada boda imperial, favoreciendo inesperadamente el punto de vista de la Emperatriz madre.

El señor Faud ha armado un verdadero mitin en la chozalatería Tomasoni. Desde una escalera de caracol que lleva a las habitaciones del cafetero y a la que se ha subido hasta cierta altura para utilizarla a modo de púlpito, arenga a los clientes del establecimiento con el fin de que se echen a la calle a provocar una protesta de los burgueses de Munich.

—Un oficial de noble familia austriaca ha manchado el honor de una joven de nuestra burguesía, ha humillado a la hija de un conciudadano nuestro cuando esta capital se dispone a recibir con palmas al emperador de los austriacos. ¡Industriales de Munich! ¡Pueblo de Munich! ¡Ciudadanos todos! ¿Podemos entregar nuestra princesa Elisabeth a un austriaco si no recibimos una justa reparación del atropello que se nos hace?

—¡No! ¡No!

—¡A la calle se ha dicho! ¡Que cesen las fiestas! ¡Que se retiren los gallardetes! ¡Que se nieguen los ciudadanos de Munich a cubrir la carrera al paso de la comitiva de honor! ¡Que las charangas dejen de tocar los himnos de Austria con el de Baviera!

Con la rapidez de un reguero de pólvora se propaga en la gente que circula por las proximidades de la casa Tomasoni el clamor lanzado por Faud y sus amigos y muy pronto cunde por las vías animadísimas, bajo los arcos de flores y colgaduras y donde suenan las orquestas y se celebran festejos callejeros. Tal es la envergadura que por momentos va adquiriendo el escándalo público que a través de los cristales de palacio viene observándolo Luis II mientras habla con el embajador de Austria, tío de Fredi, que ha ido a comunicarle que su sobrino y el oficial del jardín inglés son una misma persona.

—Ha de casarse con la muchacha. Mi palabra está comprometida.

—¿Un Tettenbach de Falhberg casarse con la hija de un cafetero?

—Yo lo ordeno!

—No puede obligarle. Es austriaco.

—Qué contrariedad! Y hoy llega el Emperador... Las consecuencias pueden ser muy graves. Llamad a vuestro sobrino. Deseo hablarle inmediatamente.

Ha cruzado por el cerebro real la reflexión de que si la boda de su sobrina Elisabeth con el emperador, de no ser reparada la supuesta falta del conde Tettenbach puede granejarle a un tiempo el descontento de los ciudadanos de Munich y el del gobierno de Austria, todavía puede evitarse tales contratiempos dejando sin efecto la proyectada boda, que al fin y al cabo sólo favorece las inclinaciones personales de Francisco José de Austria y de la princesa, pero no los intereses del Imperio austriaco.

Con la sensación de que se ha desplomado sobre él una losa contra la cual lucha en vano y que a la postre terminará aplastándole, Fredi Tettenbach se halla en ese instante comunicando su fracaso a la princesa Elisabeth, en sus habitaciones de palacio. El rey llega, ambos guardan silencio y Fredi se cuadra respetuosamente.

Con el monarca han venido su ministro de Negocios Extranjeros Deominges y el embajador de Austria, los cuales separados a alguna distancia asisten a la escena que se desarrolla entre el rey y el enviado del emperador. Luis II pide primero, insiste después, exige... y Fredi, resueltamente, se niega.

Finalmente el rey corta la breve entrevista con estas palabras:

—¿Sigue negándose? Perfectamente. Usted verá las consecuencias.

Vuelven a quedar solos la princesa y el enviado del Emperador, el cual ve con el corazón transido la zozobra que se adivina en las facciones de Elisabeth y quisiera aliviar por todos los medios pero sostiene una lucha interna con sus ilusiones de enamorado que no se resigna a ver muertas en flor.

—Comprenda Vuestra Alteza. No pasó nada, no hubo nada entre esta señorita y yo. No puedo casarme con ella. Se lo juro por mi honor.

—Pero la gente no lo cree así. Véalo usted por sus ojos. Y diciendo esto señala Elisabeth la ventana a través de cuyos cristales puede verse en la plaza como un grupo de ciudadanos retira los gallardetes de los mástiles donde han sido colocados y cómo se produce una insospechada agitación entre la multitud que va retirándose de la carrera que debe seguir la comitiva oficial a la llegada del Emperador.

—Si esto no se arregla, pierdo a mi novio.

Otro ser torturado por las consecuencias de la aventura de Fredi Tettenbach es el simpático Franz, ya encargado del taller de pastelería y hombre de confianza de la casa, ya que no puede dar satisfacción a sus anhelos de enamorado. Mientras en palacio suceden las escenas descritas, Franz en casa de los Tomasoni aparece con su maleta, sus bártulos y su paraguas en la habitación de las hijas del pastelero, despidiéndose de ellas.

—Me voy por causa de Ana — le dice a Teresa, que ha procurado calmar sus nervios y aparece ya, aunque dolorida moralmente, con una dignidad y una serenidad commovedoras.

—¡Ay! ¡Te marchas Franz! ¡Se va, Franz? ¡Yo no quiero que se vaya!

Esto lo ha dicho la ingenua y casi boba de Anita que al ver a Franz tan serio y en plan de partida acaba de comprender que en realidad se siente ligada por un íntimo afecto con aquel amigo de la infancia más que con el galán fortuito del jardín inglés, al que por otra parte ama su hermana.

Franz, manteniendo su actitud de cómica dignidad se desentiende de Ana.

—Con usted no quiero saber nada, condesa de Tettenbach.

—¡Yo no me caso con el teniente!

—¿Está usted viendo? Tan pronto sí, tan pronto no. Debe casarse con él — agrega Franz, volviéndose ya para mirar a Anita de frente. —Debe reparar su falta. ¡Tiene que recomponer su honor maltrecho!

—¡Ay, que yo voy a terminar loca! ¡Pero qué honor ni qué falta? ¡Pero si yo no sé lo que dice esta gente! Que yo soy una niña y no he cometido ningún disparate!

—¡Si le rasgó el vestido! Una muchacha así, merece... Ana, al oír a Franz no puede contener sus nervios y le abofetea.

—Fué el caballo quien me rompió la ropa. ¿Te enteras? El teniente me besó. ¡Pero a mí no me ha tocado nadie!

Estas palabras han sido una revelación para Teresa, que a través de la discusión de Ana y Franz adivina que en todo eso no existe más que un error y una malintencionada maniobra del diputado Faud y se dispone a interrogar a su hermana seriamente. Detiene su intento la voz de Tomasoni que aparece en la puerta exteriorizando una gran alegría.

—Se me hará justicia gracias a tí, hija mía. El conde está abajo en mi cuarto.

Teresa sale corriendo, angustiada, al encuentro de Fredi. El conde, vencido finalmente en su resistencia, ha resuelto sacrificarse por no entorpecer la felicidad de su emperador y después de dar su palabra al rey de Baviera de casarse con la señorita Tomasoni, viene con la intención de que se haga pública la noticia y que se eviten los posibles incidentes a la llegada de Francisco José de Austria que ya se está anunciando con el paso de las tropas por la ciudad.

—¡Oh! No es posible esa boda. Estoy enterada de todo, Fredi. Sé que no hubo nada entre tú y mi hermana. Sería un horror, un sacrificio al que no tienen derecho...

—Todo en vano, Teresa — dice, correcto, Fredi con una amarga sonrisa. —He comprometido mi palabra.

No sabiendo ya a quién recurrir para evitar que su hondo cariño por Fredi se convierta en ilusión malograda, Teresa parte a palacio, se dirige al encuentro de la guardia y no sin algún trabajo consigue finalmente ser introducida en las habitaciones de la princesa Elisabeth, a los pies de la cual se echa de rodillas implorando su intervención.

Elisabeth procura calmarla, Teresa le refiere serenamente toda la verdad y Su Alteza comprende la injusticia que va a cometerse con ella y Fredi alrededor de una intriga populachera urdida con la base de un incidente pueril.

—¡Qué ha hecho usted, criatura!

—¿Qué habrá ocurrido entre las dos mujeres? ¿Qué habrán convenido la princesa Elisabeth, mujer al fin, y la hija del pastelero Tomasoni, proveedor de la Real Casa, que momentos después cruzan los pasillos reales cogidas de la mano con visibles indicios de alegre satisfacción en sus semblantes?

El Emperador llega en aquel instante y desfilan las tropas a caballo, suenan marcialmente cornetas y clarines, redon-

blan los tambores y el rey Luis II de Baviera acude a su encuentro en su coche, entre las aclamaciones de la multitud, cerciorada de que el conde Tettenbach ha decidido casarse con la hija de Tomasoni y que ya puede por lo tanto desligarse de la consigna del voto puesto a los festejos organizados en honor del emperador de los austriacos.

Francisco José de Austria aparece en carretela abierta, joven, apuesto y de uniforme militar blanco, se apea mientras suenan timbales y aclamaciones y abraza al rey Luis II que le recibe acompañado de Fredi Tettenbach.

—¿Buscas a tu prometida, Francisco? — pregunta el rey viendo al emperador volver la cabeza. —Ahí viene.

En efecto, radiante se apea de un coche cerrado la princesa Elisabeth de Baviera y corre a reunirse con su novio imperial.

—¡Por fin! — dice, atuendo a su felicidad realizada.

—Y agrega luego: —También tu amigo el conde Tettenbach se casa. He traído a su novia conmigo.

Y así diciendo, ante la extrañeza del rey Luis II y de Fredi, se dirige al coche y sale de su interior Teresita Tomasoni que ha venido con ella y la lleva de la mano junto a Fredi.

—Pero... esta no es la muchacha... que... — balbucea el monarca bávaro.

—Tío. Dísteis palabra de rey de que el oficial del jardín inglés se casaría con la señorita Tomasoni y no cabe negar que Teresa sea la hija de vuestro proveedor.

Tomasoni, entre la multitud, aplaude entusiasmado y cerca de él Franz y Ana se abrazan radiantes de felicidad, no sin antes haber hundido Franz, de un puñetazo, la cristera grotesca que luce sobre su cabeza el chismoso señor de Brondmeyer, compinche del diputado Faud y autor del bulo propagado sobre la aventura del jardín inglés.

El rey Luis II, entre las aclamaciones de la multitud, se resigna y exclama:

—Todo sea por Dios. He casado a tres lindas muchachas de Munich.

FIN

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
* — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
* — 4. *La vida de la Boheme*, por Martha Eggert, Jan Kiepura.
* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullavan.
* — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
— 8. *La tumba india*, por La Jana.
* — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
* — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
* — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
— 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers.
* — 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor.
— 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
— 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl.
— 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
— 17. *Baile en el Metropol*, por H. George, Viktoria Ballasko.
— 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi.
— 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jansenn.
— 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
— 21. *Rosas Negras*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
— 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
— 23. *Caballería ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.
— 24. *Impetus de Juventud*, por Sylvia Sydney.
— 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
— 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
— 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodolf Forster.
— 28. *El trío de la Fortuna*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
— 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis, George Brent.
— 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahns Holt.
— 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam.
— 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
— 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss.
— 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.

* Agotadas

En preparación

EL AGENTE SECRETO, interpretada por
ROBERT YOUNG y MADELAINE CARROL

PUBLICACIONES CINEMA
CALLE BAILÉN, 154
BARCELONA



N.º 35